tonces con las costumbres, cambiará también en lo sucesivo, y que los hombres futuros podrán tener una idea muy distinta de lo permitido y de lo vedado. Esto sería confesar que las virtudes, que tanto estiman, son transitorias y sus dioses caducos. Y aun cuando el pasado les muestre derechos y deberes, sin cesar variables y movibles, creeríanse engañados si previesen que la Humanidad futura se impondría otros derechos, otros deberes y otros dioses. En fin: temen deshonrarse á los ojos de sus contemporáneos asumiendo la horrible inmoralidad de la moral futura. Estos son obstáculos para investigar el porvenir. Vean á Gallion y á sus amigos. No se atreverían á prever la igualdad de las clases en el matrimonio, la supresión de la esclavitud, la derrota de las legiones, la caída del Imperio, el fin de Roma; ni siquiera la muerte de los dioses, en los cuales apenas creían.

—Es posible—dijo Josefín Leclerc—; pero ya es hora de comer.

Y abandonando el Foro que la luna bañaba con su claridad tranquila, avanzaron por las calles populosas de la ciudad hasta un fonducho modesto y afamado de la vía Condotti.

## IV

La sala era reducida y hallábase tapizada con un papel ahumado, de los tiempos de Pío IX. Viejas litografías pendían de las paredes, representando al señor de Cavour con sus lentes de concha y su barba de collar, la cara leonina de Garibaldi y los imponentes bigotazos de Víctor Manuel; reunión clásica de los símbolos de la revolución y de la autoridad combinadas; testimonio popular del genio italiano, que se distingue en esas yuxtaposiciones, y por el cual en la Roma de nuestros días, con un admirable sentido político y no sin cierto gusto de comedia delicada, el papa fulminador y el rey excomulgado cambian diariamente delicadezas de buena vecindad. Escalfadores de metal y copas de alabastro llenaban el aparador de caoba. La casa ostentaba ese desprecio de las novedades propio de las reputaciones antiguas. Allí, ante los frascos de vino de Chianti, en torno de una mesa coronada de rosas, los cinco amigos prosiguieron sus divagaciones filosóficas.

—Es cierto—dijo Nicolás Langelier—que á mu-

chos les falta valor cuando su mirada se pierde en el abismo de las cosas futuras, como también lo es que nuestro imperfecto dominio de lo que sucedió no nos ofrece los elementos necesarios para determinar con exactitud lo que debe suceder. Pero en fin, puesto que el pasado de las sociedades humanas nos es conocido en parte, su porvenir, continuación y consecuencia del pasado, no debe sernos enteramente desconocido. No nos es imposible observar ciertos fenómenos sociales y definir, según las condiciones en que se hayan producido, las condiciones en que se producirían nuevamente. No nos está prohibido, viendo empezar un orden de hechos, compararlo á un orden consumado de hechos análogos, é inducir del término del segundo un término semejante para el primero. Por ejemplo: observando que las formas de trabajo son variables, que á la esclavitud ha sucedido la servidumbre y á la servidumbre el salario, debe preverse una nueva forma de la producción; sabiendo que el capital industrial substituyó de un siglo á esta parte á la pequeña propiedad artesana y campesina, nos vemos inducidos á investigar la forma que debe substituir al capital; estudiando la manera cómo se ha operado el cambio de las cargas y servidumbres feudales, se concibe cómo podrá operarse con el tiempo el cambio de los medios de producción constituídos ahora en propiedad privada. Estudiando los grandes servicios del Estado que funcionan al presente, adquiriremos una idea de lo que podrán ser más adelante las formas socialistas de producción; y cuando se hayan interrogado así, acerca de un crecido número de asuntos, el presente y el pasado de la industria humana, se decidirá sobre probabilidades, á falta de certidumbres, si el colectivismo puede realizarse un día, no porque sea justo, pues no hay ninguna razón para creer en el triunfo de la justicia, sino porque es la necesaria continuación del estado presente y la consecuencia fatal de la evolución capitalista.



»Fijémonos en otro ejemplo para mayor claridad: Tenemos alguna experiencia de la vida y de la muerte de las religiones. El fin del politeísmo romano, en particular, nos es bastante conocido. Conforme á este fin lamentable podemos imaginarnos el del cristianismo, cuya decadencia se inicia.

»Se puede investigar de igual manera si la Humanidad futura será belicosa ó pacífica.

—Siento curiosidad por saber cómo se consigue—dijo Josefín Leclerc.

El señor Goubin meneó la cabeza:

—Es una investigación inútil. Conocemos de sobra el resultado. La guerra durará tanto como el mundo.

—Nada lo prueba—replicó Langelier—, y el estudio del pasado hace suponer que la guerra no es una de las condiciones esenciales de la vida social.

Y Langelier, aguardando la menestra que tardaban en servirles, desarrolló esa idea con su habitual sobriedad:

—Aun cuando las primeras épocas de la raza humana—dijo—se pierden para nosotros en una obscuridad impenetrable, puede asegurarse que los hombres no siempre fueron belicosos. No lo eran durante las edades largas de la vida pastoril, cuyo recuerdo es conservado solamente por un corto número de palabras comunes á todos los idiomas indoeuropeos, y que revelan costumbres inocentes. Tenemos razones para suponer que aquellos siglos tranquilos de pastores fueron de mucha más duración que las épocas agrícolas, industriales y comerciales que, sucediéndose por un progreso necesario, determinaron entre las tribus y los pueblos un estado de guerra casi constante.

»Con mucha frecuencia se confió á las armas el cuidado de adquirir bienes, tierras, mujeres, esclavos y ganados. Las primeras guerras formalizáronse de poblado á poblado. Después, uniéndose los vencidos á los vencedores, formaron una nación, y las guerras fueron de un pueblo contra otro. Cada uno de esos pueblos, para conservar las



riquezas adquiridas ó procurárselas nuevas, disputaba á los pueblos vecinos los lugares estratégicos, desde cuya altura podían dominarse los caminos, los desfiladeros de las montañas, los cursos de los ríos, las orillas de los mares. Al fin, los pueblos formaron confederaciones y contrajeron alianzas, y de este modo, constituyendo cada vez grupos más numerosos, en lugar de disputarse los productos de la tierra, establecieron un cambio regular. Ensanchóse la comunidad de sentimientos y de intereses. Llegó un día en que Roma creyó haberla extendido por el mundo entero. Augusto pensó abrir la era de la paz universal.

»Ya se sabe de qué modo semejante ilusión fué lenta y cruelmente disipada, y qué oleaje de bárbaros inundó la paz romana. Esos bárbaros, establecidos en el Imperio, pelearon unos con otros durante catorce siglos sobre sus ruinas, y fundaron con sus degollinas patrias sanguinarias. Tal fué la vida de los pueblos en la Edad Media y la constitución de las grandes monarquías europeas.

»Entonces la guerra era el único estado posible y el único concebible. Todas las fuerzas de las sociedades organizábanse únicamente para sostenerla.

»Si el despertar de la inteligencia en el Rena-

cimiento permitió á algunos espíritus imaginar relaciones más ordenadas entre los pueblos, al mismo tiempo el ardor de inventar y el ansia de conocer, proporcionaron al instinto bélico alimentos nuevos. El descubrimiento de las Indias Occidentales, las exploraciones de Africa, la navegación del Océano Pacífico, abrieron á la avidez de los europeos inmensos territorios. Los reinos blancos se disputaron la exterminación de las razas rojas, amarillas y negras y se obtinaron durante cuatro siglos en el saqueo de tres grandes partes del mundo. A esto se llama la civilización moderna.

»Durante una sucesión continua de rapiñas y violencias, los europeos lograron conocer la extensión y la configuración de la tierra. A medida que avanzaban en este conocimiento, extendían su obra destructora. Aun hoy día, solamente se comunican los blancos con los negros ó los amarillos, para esclavizarlos ó destruirlos. Los pueblos que llamamos bárbaros, nos conocen sólo por nuestros crímenes.

»Sin embargo, esas navegaciones proyectadas con un espíritu de codicia feroz, esas vías abiertas por la tierra y por el mar á los conquistadores, á los aventureros, á los cazadores de hombres, á los mercaderes de carne humana, esas colonizaciones exterminadoras, ese movimiento bru-



tal que impulsó y continúa impulsando á media humanidad para que destruya á la otra media, son las condiciones fatales de un nuevo progreso de la civilización y medios terribles, que habrán preparado para un porvenir aún indefinido, la paz del mundo.

»Ahora el mundo entero se halla conducido hacia un estado comparable, á pesar de enormes diferencias, al estado del Imperio romano en los tiempos de Augusto. La paz romana fué obra de la conquista. Seguramente la paz universal no se realizará por iguales causas. Ningún imperio puede hoy pretender la hegemonía de las tierras y de los Océanos que cubren el globo, al fin descubierto y medido. Pero no por ser menos visibles que los de la dominación política y militar, los lazos que empiezan á unir á la humanidad entera y no sólo á una parte de la humanidad, son menos reales, y son á la vez más flexibles y más sólidos; son más íntimos é infinitamente variados, anudándose á través de las ficciones de la vida pública á las realidades de la vida social.

»La multiplicación creciente de las comunicaciones y de los cambios; la solidaridad obligada de los intereses de todas las capitales, de los mercados comerciales que se esfuerzan vanamente por garantir su independencia con recursos des-

dichados; la rápida propagación del socialismo internacional, parecen asegurar en un plazo más ó menos largo la unión de los pueblos de todos los continentes. Si por ahora el espíritu imperialista de los grandes Estados y las ambiciones soberbias de las naciones armadas, desmienten por de pronto esas previsiones y condenan esas esperanzas, se advierte que en realidad el nacionalismo moderno sólo es una aspiración confusa hacia la unión cada vez más amplia de la inteligencia y de las voluntades, y que el ensueño de una más vasta Inglaterra, de una más vasta Alemania, de una más vasta América, conduce, dígase lo que se diga y hágase lo que se haga, al ensueño de una más vasta humanidad, á la asociación de los pueblos y de las razas para explotar unidas las riquezas de la tierra.

Interrumpiendo ese discurso, el fondista mismo les llevó la sopera humeante y el queso rallado.

Y Nicolás Langelier, entre el vapor caliente y perfumado de la sopa, concluyó así:

—Sin duda seguiremos teniendo guerras. Los instintos feroces unidos á las codicias naturales, el orgullo y el hambre que turbaron al mundo durante tantos siglos, continuarán turbándolo. Las inmensas masas humanas que tienden á formarse no han encontrado todavía su asiento y su



equilibrio. La penetración de los pueblos no es aún bastante metódica para asegurar el bienestar de todos por la libertad y la facilidad de los cambios; el hombre no siente aún en absoluto el respeto al hombre; todas las partes de la humanidad no se hallan todavía dispuestas para asociarse armoniosamente y constituir las celdillas y los órganos de un mismo cuerpo. No es fácil que ni el más joven de nosotros vea cerrarse la era de las armas. Pero esos tiempos mejores que no conocemos, los presentimos. Prolongando en el porvenir la curva comenzada, podemos notar el establecimiento de comunicaciones más frecuentes y más perfectas entre todas las razas y todos los pueblos, un sentimiento más general y más poderoso de la solidaridad humana, la organizacion metódica del trabajo y el establecimiento de los Estados unidos del mundo.

»La paz universal se realizará un día, no porque los hombres lleguen á ser mejores (no hay motivo para esperarlo), sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva, nuevas necesidades económicas, les impondrán el estado pacífico; de igual modo que en otro tiempo las condiciones mismas de su existencia los colocaban y los mantenía en estado de guerra.

—Nicolás Langelier: una rosa se ha desojado en su vaso—dijo Giacomo Boni—. Esto no sucede

sin permiso de los dioses. Bebamos á la paz futura del mundo.

Josefín Leclerc alzó su copa.

—El vino de Chianti tiene un sabor un poco ácido y forma una ligera espuma. Bebamos á la paz, mientras los rusos y los japoneses combaten duramente en la Mandchuria y en el golfo de Corea.

—Esa guerra—repuso Langelier—señala una de las horas más interesantes en la historia del mundo. Y para comprender su verdadero sentido, hay que remontarse dos mil años atrás.

»Ciertamente los romanos no sospechaban la extensión del mundo bárbaro, no teniendo ninguna idea de esos inmensos criaderos de hombres que debían con el tiempo desbordarse sobre ellos y subyugarlos. No sospechaban siquiera que hubiera en el Universo una paz aparte de la paz romana. Y sin embargo, existía una más antigua y más extensa: la paz china.

»Sus mercaderes se hallaban en relaciones con los mercaderes de la Sérica, los cuales llevaban la seda producida en un lugar situado al Norte de la llanura de Pamir y era llamado la Torre de Piedra. Sus negocios con el imperio eran frecuentes. Los traficantes latinos más osados penetraban en el Golfo del Tonkín recorriendo las costas chinas hasta Hang-Tchan-Fou ó Hanoï. Sin embargo,



los romanos no imaginaban que la Sérica formase un imperio más poblado que el suyo, más rico, más adelantado en agricultura y en economía política. Los chinos por su parte conocían á los hombres blancos. Sus anales mencionan que el emperador An-Thoun, en quien reconocemos á Marcus Aurelius Antoninus, les envió una embajada, que acaso era sólo una expedición de navegantes y negociantes. Pero ignoraban que una civilización más agitada y más violenta que la suya, más fecunda también é infinitamente más expansiva, extendíase sobre la tierra. Agricultores y jardineros muy experimentados, mercaderes hábiles y probos, vivían allí felices gracias á sus métodos de cambio y á sus vastas asociaciones de crédito. Satisfechos de su ciencia sutil, de su cortesía exquisita, de su piedad humanitaria y de su invariable prudencia, no sentían curiosidad por conocer la manera de vivir y de pensar de aquellos hombres blancos llegados del país del César y acaso los embajadores de An-Thoun les parecieron bastante groseros y bárbaros.

»Las dos grandes civilizaciones del mundo, la amarilla y la blanca, continuaron ignorándose hasta el día en que los portugueses, habiendo doblado el Cabo de Buena Esperanza, fueron á comerciar en Macao. Los mercaderes y los misioneros cristianos se establecieron en China entre-

gándose á toda clase de violencias y de rapiñas. Los chinos los soportaban como hombres acostumbrados á trabajos de paciencia y maravillosamente capaces de soportar los malos tratamientos; pero no obstante, los mataban á veces con todas las delicadezas de una fina crueldad. Los jesuitas produjeron en el Imperio Central, durante más de tres siglos, incesantes desórdenes. En nuestros días las naciones cristianas tomaron la costumbre de enviar, unidas ó separadamente, á ese gran imperio cuando el orden se hallaba turbado en él, ejércitos que lo restablecían por el robo, la violencia, el pillaje, el asesinato y el incendio, realizando en cortos intervalos por medio de fusiles y cañones la penetración pacífica del país. Los chinos desarmados no se defendían, ó se defendían mal; se los degollaba con una agradable facilidad. Son amables y ceremoniosos, pero se les reprocha la poca simpatía que sienten por los europeos. Tenemos contra esa gente resentimientos muy semejantes á los que el señor Du Chaillu tenía contra su gorila. El señor Du Chaillu mató á tiros, en un bosque, á una gorila madre. Muerta ya, seguía oprimiendo á su hijo entre sus brazos. El señor Du Chaillu se lo arrancó llevándole con él en una jaula á través del Africa para venderlo en Europa. Pero el animalito le dió justos motivos de queja. Era insociable; se



dejó morir de hambre. «No me fué posible—dice el señor Du Chaillu—corregir sus malas inclinaciones.» Nos quejamos de los chinos con tanta razón como tenía el señor Du Chaillu para quejarse de su gorila.

»En 1901, habiéndose turbado el orden en Pekín, los ejércitos de cinco naciones poderosas, bajo el mando de un feld-mariscal alemán, lo restablecieron por los procedimientos acostumbrados. Después de cubrirse así de gloria militar, las cinco potencias firmaron uno de los innumerables tratados, por los cuales garantizan la integridad de aquel imperio cuyas provincias se distribuyen.

»Rusia por su parte, ocupó la Manchuria y cerró la Corea al comercio del Japón. El Japón, que en 1894 había derrotado á los chinos por tierra y por mar, y participado en 1901 en la acción pacífica de las potencias, vió con rabia contenida cómo avanzaba el oso voraz y lento. Y mientras la bestia enorme alargaba indolentemente su morro sobre la colmena, las abejas amarillas armando todas á un tiempo sus alas y sus aguijones le cubrieron de picaduras inflamadas.

«Es una guerra colonial», decía un importante funcionario ruso á mi amigo Jorge Bourdon. Pero el principio de toda guerra colonial es que el europeo sea superior á los pueblos que combate;

sin esta circunstancia, la guerra no es colonial; esto salta á los ojos. Conviene en esta especie de guerras, que el europeo ataque con artillería y que el asiático ó el africano se defienda con flechas, con mazas, con sagayes ó con tomahawks. Se admite que se haya procurado algunos viejos fusiles de chispa y algunas cartucheras; esto hace la colonización más gloriosa. Pero en ningún caso debe ser armado ni organizado á la europea. Su flota se compondrá de juncos, piraguas y canoas vaciadas en un tronco de árbol. Si ha adquirido navíos á armadores europeos, deben ser navíos inservibles. Los chinos que guarnecen sus arsenales con obuses de porcelana, se hallan todavía comprendidos en la fórmula colonial.

»Pero los japoneses la han evitado. Combaten siguiendo la táctica francesa del general Bonnal. Superan á sus adversarios, por sus conocimientos y por su inteligencia. Se baten mejor que los europeos, no tomando en cuenta los procedimientos consagrados, y proceden, hasta cierto punto, de una manera contraria á lo que ordena el derecho de gentes.

»En vano algunas personas graves, como el señor Edmundo Thery, les demostraron que deberían ser vencidos para salvar el interés superior del mercado europeo, conforme á las leyes



económicas mejor establecidas. En vano el procónsul de la Indo-China señor Doumer, les advirtió que sufrirían en breve plazo decisivas derrotas por tierra y por mar. «¡Qué tristeza financiera nublaría nuestros corazones, exclamaba aquel grande hombre, si á Besobrazof y á Alexeif no les produjeran millones los bosques coreanos! Son reyes. Yo fuí rey como ellos; nuestras causas son comunes. ¡Oh nipones!, imitad la dulzura de los pueblos cobrizos sobre los cuales he reinado gloriosamente en la época de Meline.» En vano el doctor Carlos Richet les demostró con un esqueleto en la mano que eran prognatas, y no teniendo los músculos de la pantorrilla bastante desarrollados, se hallaban en la obligación de huir entre los árboles ante los rusos que son braquicéfalos, y en tal concepto, eminentemente civilizadores, como lo demostraron al ahogar cinco mil chinos en el río Amor. «Tened en cuenta que sois intermedios entre el mono y el hombre», les decía cariñosamente el profesor Richet. «De donde resulta que si derrotarais á los rusos ó finnoletto-ugro-eslavos, sería exactamente igual que si los monos os derrotasen á vosotros. ¿Lo creéis posible?» Pero ellos no quisieron atender á razones.

Los rusos pagan en los momentos actuales, en los mares del Japón y en las gargantas de la

Mandchuria, no solamente su política sediciosa y brutal en Oriente, sino el sistema político colonial de Europa entera. No sólo espían sus propios crímenes, sino los crímenes de toda la cristiandad militar y comercial. No quiero decir con esto que haya una justicia en el mundo. Pero se ven singulares vicisitudes, y la fuerza, único juez aún de las acciones humanas, ofrece algunas veces variaciones inesperadas. Sus brusquedades rompen un equilibrio que se creía estable, y sus juegos, que suelen obedecer á una regla oculta, conducen á resultados interesantes. Los japoneses pasan el Ya-lu y derrotan con precisión á los rusos en la Mandchuria. Sus marinos destruyen con elegancia una escuadra europea, y todos advertimos un peligro que nos amenaza. Si existe, ¿quién lo ha creado? No fueron los japoneses quienes provocaron á los rusos. No son los amarillos los que fueron á buscar á los blancos. Ahora descubrimos el peligro amarillo. Hace muchos años que los asiáticos conocen el peligro blanco. El saqueo del palacio de verano, las matanzas de Pekín, los asesinatos de Blagovetchensk, el desmembramiento de la China, ¿no eran motivos de inquietud para los chinos? Y los japoneses, ¿sentíranse muy seguros bajo los cañones de Puerto Arturo? Nosotros hemos creado el peligro blanco; el peligro blanco ha creado el peligro amarillo. Estos encadenamientos dieron á la vieja necesidad, que guía los destinos del mundo, una apariencia de Justicia divina, y admiramos la sorprendente conducta de aquella reina ciega de los hombres y de los dioses, cuando se ve al Japón tan cruel hace poco para los chinos y los coreanos, al Japón cómplice insubstituíble de los crímenes europeos en China, convertirse en vengador de los chinos y en esperanza de la raza amarilla.



»Sin embargo, no parece á primera vista que el peligro amarillo, espanto de los economistas europeos, sea comparable al peligro blanco suspendido sobre Asia. Los chinos no envían á París, á Berlín, á San Petersburgo, misioneros para enseñar á los cristianos el Foung-choui, sembrando el desorden en los asuntos europeos. Ningún ejército expedicionario chino ha llegado á la bahía de Quiberón para exigir del Gobierno de la República la *extraterritorialidad*, es decir, el derecho de juzgar por un tribunal de mandarines las causas pendientes entre chinos y europeos. El almirante Togo no ha venido con doce acorazados á bombardear la rada de Brest con objeto de favorecer el comercio japonés en Francia. La flor del nacionalismo francés, la nata de nuestros Turbulentos, no ha sitiado en sus hoteles de las avenidas Hoche y Marceau á las legaciones de la China y del Japón, y el mariscal Oyama no ha